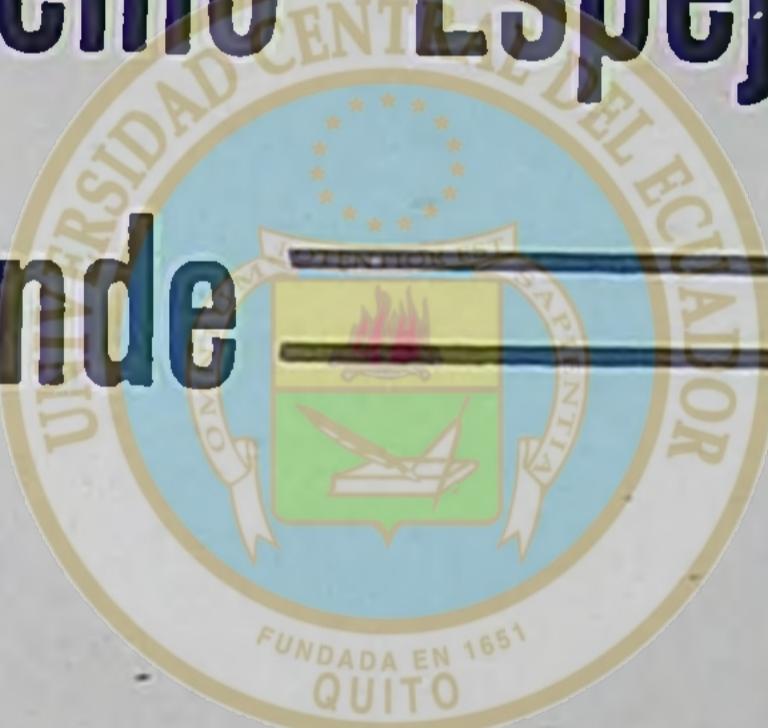


X Rafael Alvarado

X **Eugenio Espejo, Médico y
Duende**



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

UN GRAN LIBRO ECUATORIANO

Enrique Garcés, periodista que nos ha brindado desde las columnas de "El Día" sustanciosos y vibrantes artículos sobre los problemas fundamentales de la vida nacional; que ha prodigado para el Ecuador que lee —por desgracia tan pequeño— amenas crónicas narrativas, en las que sobresalen la observación perspicaz, la tonalidad emotiva y el estilo nervioso y desigual, que parece ir saltando entre el grito, la sonrisa, la ironía y la commiseración; Garcés, escritor que tuvo un formidable acierto en el género dramático y llegó a saborear los goces del triunfo con esa desconcertante pieza teatral intitulada "Boca Trágica"; Garcés, en fin, el conocido y apreciado Túpac Amaru de las páginas periodísticas, ha escrito un gran libro, un libro que debemos conocer y amar todos los ecuatorianos, porque trata justamente del héroe máximo, del hombre representativo del Ecuador, del vidente y mártir, precursor y sabio que ocupa el más encumbrado sitio en el escalafón del patriotismo: Francisco Eugenio de Santacruz y Espejo.

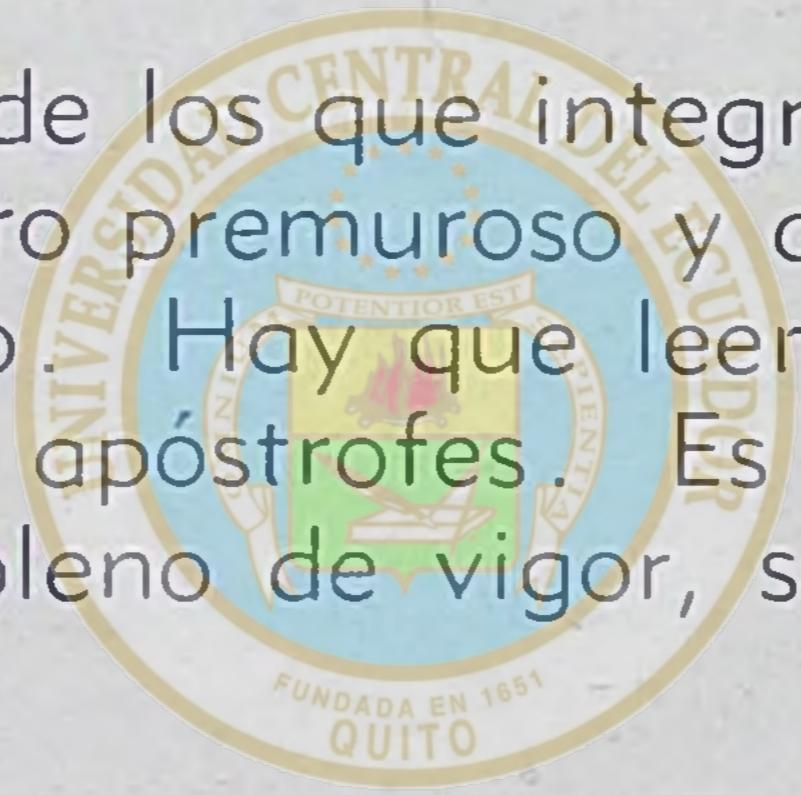
Enrique Garcés es patriota verdadero y, por lo mismo, es vehemente y exaltado. Aplica el ojo avizor, con penetración de médico e intuición de sociólogo, a las angustiosas realidades ecuatorianas y al describirlas parece que grita, por lo que sufre, y parece que llora, por lo que descubre, comprende, mide y quisiera remediar. Siente el dolor del hombre y de la tierra, ausculta la tragedia, pulsa el movimiento arrítmico y torturado de un pueblo que agoniza, más de injusticia que de hambre; más de incultura que de pobreza; más por el desconcierto gubernativo que integra los tomos completos de la historia nacional que por las taras y vicios hereditarios que para este pueblo amasaron las razas.

Enardecido por el espectáculo, amargado por la extensión y caudal de los males, noblemente codicioso del mejo-

ramiento popular, Garcés declama y grita sus quejas y enseñanzas, sus alarmas, observaciones y consejos. No acostumbra las voces doctorales ni las pausadas reglas catedráticas. Habla siempre en tono mayor de patriotismo y suele exhibir cifras tajantes y reveladoras, sumando en sus escritos la angustia, la vehemencia y el desorden. Ha sido y es predicador excelente y generoso, y como ha laborado en su tierra ecuatoriana, ha sido y es excelente y abnegado predicador en el desierto.

Ha laborado a semejanza de Espejo, su antecesor en la medicina y en el periodismo; ha luchado como Espejo, su inspirador y maestro. Con tales impulsos, ha estudiado cordialmente la vida y obra del indio genial y patriota insigne y le ha consagrado el magnífico libro que debemos conocer todos los ecuatorianos.

Como la mayoría de los que integran la producción literaria nacional, es libro premuroso y desaliñado. Pero es rico, hermoso y robusto. Hay que leerlo y meditar en sus revelaciones, cuadros y apóstrofes. Es libro magnífico, de recia ecuatorianidad, pleno de vigor, sugerencias y patriotismo.



ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Enrique Garcés quisiera realizar una formidable y extraña revolución: la revolución de la salubridad pública, de la higiene y de la cultura. Ha estudiado y ha hecho el recuento de los males de su pueblo, saturándose, por ello, de amargura. Desearía remediarlos pronta y eficazmente, radical y drásticamente. Si en sus manos tuviera suficientes y poderosos medios, realizaría la obra en pocos meses, lamentando no hacerlo en pocos días. Abnegado en incomprensiones, dolorido por la pobreza nacional, por el desconcierto administrativo, la miopía de los funcionarios y la escasez de los recursos fiscales, ha clamado siempre con fe y perseverancia, aunque sus clamores hayan sido devueltos solamente por las oquedades de nuestras montañas, como los de otros hombres de buena voluntad, ecuatorianos beneméritos, que vieron estrellarse en la roca de las incomprensiones esa abnegada y patriota buena voluntad.

Las aficiones de Enrique Garcés a los problemas de la salud pública debían conducirle lógicamente al culto fervoroso y consciente y al homenaje admirativo, en razón de análisis, consagrados a Eugenio Espejo. Tenía que enamorarse de la obra de Espejo, obra de atisbos geniales, de valentías pasmosas, de ferviente dedicación al pueblo pobre y enfermo, al pueblo triste y oprimido, al pueblo inculto y desesperanzado, al pueblo soñador, olvidadizo y desagradecido.

La trayectoria cultural y los afanes científicos de Enrique Garcés indicándonos estaban que sería el gran exégeta de la vida y obra del Dr. Espejo. Garcés debía darnos la visión integral, con voz cálida y emocionada, con frase devota y commovida, para que conociéramos la obra multifásica de Eugenio Espejo, el Grande. Para que apreciáramos la luz de universalidad que irradia el prócer de próceres, el indio genial, que es:

“el primer periodista del Ecuador, el padre de la medicina ecuatoriana, el revolucionario máximo contra la injusticia social, el fundador de la primera biblioteca ecuatoriana, el primer reformador de los sistemas de enseñanza, el primer sanitario e higienista, el primer apóstol de la reforma social ecuatoriana, el que señala bases firmes para la fundación de la Cruz Roja, el primero en crear los estudios de la Medicina social, el primer defensor de la conciencia democrática ecuatoriana, el primer crítico de nuestra literatura, el primer ciudadano que reclama los derechos que integran y definen la vida cívica, el primer panfletario y el primer predicador en el desierto”.

En nuestro desierto, debemos añadir; indudablemente es Eugenio Espejo el decano de los predicadores en el desierto ecuatorial, bañado con sol de indolencia y cubierto con arena densa de fatalismo.

Enrique Garcés ha registrado pacientemente en los archivos nacionales las documentaciones relativas a Espejo. Ha recorrido la Corte Suprema, la Universidad Central, el Municipio de Quito y las Bibliotecas públicas y privadas.

Ha buceado en las oscuras y pequeñas lagunas que dan origen a los cursos fluviales de nuestra historia. Ha vestido la rara escafandra de la paciencia y se ha internado en esas aguas, que no son muy profundas sino muy turbias, porque el descuido, el desorden y la chapucería nacionales las han espesado con algas, sargazos, troncos y desperdicios, como si hubiera existido el propósito de ensombrecer y dificultar, capítulo por capítulo, todos los de la historia nacional.

Garcés ha descubierto invalorables tesoros bibliográficos y algunos documentos raros y preciosos, como joyeles antiguos. Ha hurgado en aquellos cofres centenarios —está por demás llamarles polvorientos— para encontrar y exhibir en su libro varios expresivos retratos de personajes célebres, evocadores cuadros de antaño, ideas y prejuicios de otros tiempos, costumbres y fanatismos coloniales. Van pasando en abigarrada revista dogmas que se evaporaron, ídolos que se deshicieron, reglas y prejuicios estólicos, y aquellas sapiencias doctorales y ensorberbecidas que fueron desvaneciéndose como fantasmas, conforme clareaban las auroras de la ciencia.

Entre las páginas destinadas a los hallazgos documentales sobresalen por la emoción profunda y el entusiasmo cordial las dedicadas al invalorable manuscrito de Espejo que se encuentra en la Biblioteca del Colegio Mejía: las "Reflexiones higiénicas", tesoro sin igual, tesoro mirífico, salvado de la pérdida y guardado amorosa y devotamente por una extraña mujer, la señora Juana Cerpa, una misteriosa viejecita que adquiere contornos de hada benéfica para la bibliografía ecuatoriana.

Sin desconocer la obra meritoria de los grandes escritores ecuatorianos que se han ocupado de Espejo, —González Suárez, Herrera, Cevallos, Viteri Lafronte, Arcos, Muñoz Vernaza, Arias, Benítez Vinueza— es en el libro de Garcés donde podemos apreciar, integralmente, la figura colosal del Precursor. Vemos cómo se desarrolla la vida angustiada y turbulenta de Espejo, desde la cuna humilde, sigue en la niñez pobre y desvalida, entra a la mocedad la-

boriosa, contraída reciamente al cultivo de las mejores disciplinas del espíritu; llega a la madurez combativa y heroica, dedicada a velar por el pueblo, curar sus males, ilustrarle, defenderle y consolarle; para culminar, al fin, en las horas de la lucha libertaria, y ser la gran víctima de la persecución de la campaña sañuda que, impulsados por miedo rencoroso, desatan contra Espejo los sátrapas españoles, los gobernantes de entonces, campaña que sólo termina con el martirio del gran quiteño.

Garcés insinúa, con más de un impresionante signo, que los españoles envenenaron a Espejo. Nada insólito sería. Espejo combatió encarnizadamente a la dominación española, por el afán sublime de salvar, libertar y dignificar al pueblo ecuatoriano. Lo envolvió el ambiente más hostil e implacable. Estuvo contra todos y todos estuvieron contra él. Quiso elevar la cultura de su pueblo y encontró una masa inerte, sumida en resignación, pues le habían acostumbrado a que padeciera y le predicaron siempre que el padecimiento es bueno. Espejo quiso enseñar y se encontró con poderosas fuerzas dedicadas a sembrar despotismos y regar castigos para cultivar —literalmente— la incultura del pueblo.

Tratábase de la mala hora del coloniaje español. Preciso es reconocer —y demostrar, cuando hace falta— que la tiranía española en América fué tiranía cabal, fué tiranía "esmerada". Su terrible aleación se compuso, por iguales partes, de fanatismo, ignorancia, orgullo y codicia. Perdurran sus huellas en la condición del indio, como capítulo fundamental, demostrativo y completo. Perdurran en muchos hábitos del pueblo, propicios a las enfermedades, a las epidemias, a la degeneración racial; en la ubicación desgraciada, antisanitaria y antihigiénica y el trazado absurdo de ciudades, pueblo y caseríos; en las características vitales del pueblo, que ha vivido y vive amasando cochambre y misticismo; que se ha saturado de resignación, alcohol y devociones.

No sería completo el libro de Garcés, ni nos diera la visión cabal de la obra y del mérito extraordinario de Eugenio Espejo, sin el examen del medio en que vivió, combatió, predicó y murió. Están analizados en el libro los factores sociales, culturales y económicos que dominaban la vida

colonial y definían su absurda composición: reino de arbitriedades e injusticias; miseria de las mayorías autóctonas; descuido, ignorancia y pobreza para ellas, frente al gamonalismo absorbente de la minoría que realizó la conquista y se adueñó de las tierras de América con el triple tentáculo de la frailecía, los terratenientes y los gobernantes.

Algunos eruditos escritores se han empeñado en descubrir, entre las caudalosas colecciones de Cédulas Reales, los preceptos, admoniciones y reglas tendientes a defender a los indios, en la noche larga y tremenda del coloniaje.

El más entusiasta de aquellos escritores, el Sr. Dr. Alfonso María Mora, autor de otro gran libro que debiéramos conocer todos los ecuatorianos, "La conquista española", tiene en su libro frases de esta elocuencia:

"Ninguna Cédula Real es más reveladora de la deporable y angustiosa situación en que se hallaba la raza indígena en estas provincias, que la expedida el 27 de Mayo de 1582, relativa a los malos tratamientos y extorsiones de que eran víctimas los indios, en las Encomiendas de la Real Audiencia de Quito, y en ella encarece su majestad el celo de los oficiales de la Audiencia, a fin de evitar que "los indios sean vendidos como esclavos y muertos a azotes; que las mujeres mueran y revienten con las pesadas cargas; que vivan y duerman en los campos donde paren y cieran a sus hijos, mordidos de sabandijas ponzoñosas; que se ahorquen y tomen yerbas venenosas; que maten las madres a sus hijos para librarse de la tiranía de los encomenderos, para eximirles de los trabajos que padecían, con odio del nombre cristiano y de los mismos españoles que les engañaban y no cumplían las muchas cartas, provisiones y ordenanzas de los Reyes".

Pocas páginas después, refiriéndose a otra Cédula Real, de 19 de Septiembre de 1675, dice el Sr. Dr. Mora: "Con rubor la transcribimos, para el conocimiento imparcial y pleno de hechos imborrables en el proceso paradójico de leyes sociales, reivindicadoras del buen nombre y presti-

gio de la Madre España. De la ruptura y transgresión de aquellas leyes no tiene la culpa el legislador".

Sí, en verdad no tiene la culpa el legislador. Era en aquella época de la dominación española que se había inventado la sutil, refinada y pasmosa distinción entre OBEDECIMIENTO y CUMPLIMIENTO de las leyes. Las Cédulas, Ordenanzas y Provisiones también se acataban, pero no se cumplían.

Gran verdad es que nunca faltaron espíritus generosos, frailes beneméritos, legisladores y estadistas sabios, que se preocuparon y condolieron de la triste condición de los indios. Pero, cuando llegaban las leyes y las cédulas, los funcionarios, los religiosos y los encomenderos, llenando un rito grandemente cómico, se las ponían probablemente sobre la cabeza, para acatarlas, pero no las cumplían.

El terrateniente acataría la ordenanza, para salir luego a dar de palos y flagelar a sus indios. El cura, después de acatar la cédula real, saldría a imponer priostazgos, cobrar diezmos y exigir servicios personales a los indios. Y por fin, el funcionario, luego de acatar la ley, poniéndosela sobre la cabeza, daría la razón al cura y al gamonal, siempre en contra del indio.

Nunca faltaron leyes y ordenanzas, cédulas y decretos; de eso estamos bien seguros. Pero la gran tragedia indígena de América y su proceso tienen duración secular, del siglo XV al siglo XX.

La versión de Enrique Garcés sobre el asesinato cobarde y cruel de Eugenio Espejo no tiene por qué sorprendernos. Trátase de los mismos conquistadores españoles que asesinaron al grande Atahualpa el 29 de Agosto de 1533; que asesinaron al insigne Túpac Amaru el 25 de Noviembre de 1572; que en el recuento interminable de crímenes, llegarían —quince años después de la muerte de Espejo—, al asesinato de los Próceres quiteños el 2 de Agosto de 1810.

Con singular acierto, no se ha limitado Garcés a trazar el panorama de la Universidad coetánea de Espejo, el cuadro de la organización, labores e influencias del medio

científico que tenía su mejor concreción en aquel Instituto. Garcés avanza un poco más, sigue la trayectoria de la Universidad hasta los primeros años de nuestro siglo; menciona personajes y programas, doctrinas y prácticas, prejuicios y costumbres que dominaban en la más encumbrada de las aulas; nos revela cómo procedían ilustres dignatarios y célebres profesores; cómo perpetraban operaciones quirúrgicas y cómo diagnosticaban y recetaban ciertas eminencias médicas, desde la época de Espejo hasta nuestros días, cuando ya estaban bien andados algunos años del presente siglo.

Ha compuesto así un gran capítulo de Historia de la Medicina en el Ecuador. Capítulo que va de los "Circunfrentes" y sus andanzas, en los tiempos de Espejo, a ciertos galenos y sus hazañas en la era contemporánea. Ha descrito —cual si manejara un filoso bisturí— el despegó irónico que sentían ciertas eminencias médicas, en años no muy lejanos del presente, por inventos trascendentales que ya estaban revolucionando la ciencia. Nos cuenta cómo era considerado y calificado el microscopio. Sí, para ciertos galenos era sólo un curioso artefacto, era un menospaciado "tutilimundi" el microscopio, cuando ya su poderío descubridor de nuevos mundos y su mágica revelación de misterios inquietaban a todos los verdaderos científicos del orbe civilizado.

Capítulo de penetrantes sugerencias es el dedicado a la vida universitaria ecuatoriana, desde su nacimiento hasta nuestros días. Proyecta singular claridad en aspectos básicos de la historia nacional. Contiene, en efecto, la explicación de buena parte de nuestra incultura y atraso; es la revelación del origen de nuestros males, de muchos males, taras y vicios que han azotado, que azotan aún y que seguirán azotando a nuestro pueblo.

Los "tutilimundis", según el doctoral calificativo, son de ayer y de hoy. Los "tutilimundistas" están en todas partes: en los Parlamentos, en los Ministerios y en los periódicos, igual que en los Bancos, la diplomacia, las aulas y las corporaciones, y lo mismo que en las calles, plazas y portales, en donde se prodigan los chismes y chistes de la vida nacional.

Con tan reveladora presentación del panorama circundante, en especial, del universitario, queda bien situada la figura colossal de Espejo y podemos apreciar su valía multiforme y su capacidad excepcional.

Conocemos los atisbos geniales del insigne médico quitoño, que intuye las causas de varias enfermedades, que dicta el presagio de los descubrimientos de Pasteur, que habla —en 1770— de la "casi infinita variedad de esos atomillos vivientes, que explican la prodigiosa multitud de epidemias tan diversas y de síntomas tan varios".

Conocemos la obra estupenda, la campaña admirable del higienista, del sabio que quiere salvar la salud pública, señala medios para su defensa, y con prodigioso acierto quiere prevenir antes que curar. Oprimido por la necesidad de los gobernantes y profesionales que le combaten, le envidian y le censuran, Espejo tiene que dedicarse a salvar a los enfermos y lo hace con abnegación apostólica. No hay medida para su tarea; no lo detienen fatigas ni temores. Trabaja hasta caer rendido y proclama "su consuelo y alegría, los más grandes de su vida, porque al cabo de tres días consecutivos de labor, cae su puño diestro lánguido y desfallecido".

Hoy, en la mitad del siglo XX, en que hablamos casi a diario de la Medicina Social y de sus proyecciones, de la Higiene Social y de los cuantiosos medios de que debe disponer en defensa de la salud, de la Sanidad pública y de los poderes absolutos que deben asignársele para salvar la vida de los pueblos, nos asombra y enorgullece cada vez más la obra de Espejo, gran médico social, higienista clarividente en medio de las tinieblas de su época, apóstol y profeta de la Sanidad pública con poderes máximos, patriota y maestro que se consagra —luchando contra todo y contra todos— a proteger la salud del pueblo infeliz, del pueblo oprimido y destrozado por la tiranía, la incultura y las epidemias.

No ha olvidado Garcés ningún aspecto notable de la extraordinaria vida de Espejo. Ocupan señalado lugar en el libro los capítulos dedicados al precursor de la libertad, al insigne periodista y panfletario, que se codea con los más notables próceres del continente, que dialoga secretamente con ellos para iniciar la campaña de la liberación, que pro-

paga las doctrinas de la Enciclopedia porque las conoce a fondo y escribe libros, folletos, gacetas y cartas. Espejo es el amigo dilecto y par del insigne Nariño a quien antecede en el pensamiento libertario, y le supera en la idea continental de la emancipación; es el maestro e inspirador del Marqués de Selva Alegre. Cuando no puede hacer mejor propaganda escribe en las paredes. Está de nuevo en la lucha contra todo y contra todos. Es el inquieto duende enamorado de la libertad y de la justicia, que utiliza cuantos recursos le sugiere su mente para golpear en los cimientos del gobierno despótico, para desprestigar a los tiranos y destruir su poderío; para iluminar la conciencia del pueblo, abrir sus ojos adormilados, enseñarle caminos de justicia e inculcarle amor a la libertad.

La imaginación de Espejo tiene una movilidad de antorcha agitada por vientos huracanados. No pueden aquietarla persecuciones ni martirios. Sólo encuentra reposo cuando llega la sombra definitiva de la muerte.

Nada falta en este gran libro ecuatoriano, consagrado al héroe máximo de la Patria. Espejo, el visionario, que se adelanta a los prodigios de la ciencia; Espejo, el médico sabio, que anticipa normas inteligentes para la sanidad pública y la higiene de las ciudades; Espejo, el patriota heroico, que lucha como un titán, de día y de noche, dentro del cerco más tiránico y hostil, para que aprenda el pueblo las lecciones de la libertad. Y por fin, para que nada falte en el retrato inmortal, aquel Eugenio Espejo, gran solitario de toda la vida, hijo humilde y bueno, vocero del talento de su padre, defensor de sus hermanos, protegido toda la vida por la hermana exorable y beatífica, llena de blanduras maternales; esa mujer silente y dócil, que aparece como un marco difuminado de suave tonalidad gris, en torno a las recias figuras de Eugenio Espejo y de José Mejía.

En cuanto a la forma, el libro de Garcés se resiente de premura periodística. Todo él parece un vuelo febril, en línea recta, que no puede ni quiere detenerse para remirar lo escrito o pulir la frase, para corregir la construcción o perfeccionar el capítulo.

Perfeccionar, dijimos. Es palabra ambiciosa, pero exacta. Quisiéramos que los grandes libros ecuatorianos fueran perfectos.

Este libro de Garcés, obsesionante por su contenido, rebosante de imágenes bellas, originales y sugeridoras, nos sorprende también por las incorrecciones gramaticales que menudean en sus páginas. Nos deja la sensación del viaje premuroso, pletórico de novedades. En ciertos capítulos, la profusión de imágenes nos hace recordar esos parajes de la selva tropical donde, al aparecer el viajero, se levantan bandadas multicolores de grandes mariposas.

Es prodigo en metáforas. Son el distintivo, la tonalidad permanente, la característica de su estilo nervioso y desigual. En todo el libro fluye esta corriente con rapidez, brío y espontaneidad.

Derrocha igualmente apóstrofes y reticencias, con intención buída y justiciera, con ánimo encendido y fustigador. Enrique Garcés encuentra siempre el motivo nacional y suele apostrofar contra todo y contra todos —como Espejo— porque tiene laudable afán de superación y quisiera transformar a su país en uno muy bello, culto, vigoroso y respetable.

Fija la mirada en el intento, la inspiración fogosa no le permite remirar lo escrito; carece de tiempo para el retoque artístico; no le interesa la forma, ni le impresiona la página desaliñada. Le satisfacen los capítulos densos y sugerentes por su fondo, salpicados de imágenes rutilantes, de hipérboles raras y aún de giros dislocados. Desdeña el pulimento, le incomoda la corrección fraseológica y no le place la preceptiva literaria.

A los que presumimos de lectores atentos nos detiene el desaliño notorio, que pudo ser corregido; nos duele, por la admiración leal, afectuosa también, que despierta en nosotros el libro de Garcés y que se mantiene de la primera a la última página. Nos duele, por la ambición patriótica de que los grandes libros ecuatorianos —como éste— entren orgullosamente, a la primera línea de las antologías continentales.

Tenemos que reprochar a Garcés dos leves injusticias. Son de volumen mínimo, pero injusticias, en todo caso.

Recuerda que la Unión Panamericana solicitó a las Naciones de este Continente que enviaran el busto del héroe máximo, del hombre representativo de cada una de ellas, y recuerda que un grupo de periodistas ecuatorianos abrió fervorosa campaña y exaltó a los hombres ilustres de la Patria, según personales simpatías. Desfilaron entonces, en la inolvidable polémica laudatoria, Montalvo, González Suárez, Olmedo, García Moreno, Alfaro, Rocafuerte, Atahualpa y Huayna-Cápac. Y dice Garcés: "lo curioso es que se olvidaron del duende Espejo, y que Espejo alcanzó unos pocos votos, consignados con fe".

Escaso el número de votos, quizá. Pero esos periodistas que coincidieron en la admiración devota y convencida y proclamaron a Espejo el máximo héroe nacional, el hombre representativo del Ecuador, el prócer inmortal que debía entrar merecida y altivamente a la Galería de los Grandes Americanos, tienen derecho a una mención más justa y más afable que aquella cita incidental, fría y contradictoria que está en el libro.

Lo cierto es que, a la vuelta de algunos años de aquel galano y erudito comicio, resultó triunfante la candidatura de Espejo. Y allí está, en el Salón de Honor de la Unión Panamericana, a donde sin duda llegaría digno y severo, nimbado de gloria como sus Pares; donde, al entrar, su mirada buscaría con misteriosos efluvios cordiales a Benito Juárez. Allí está, dialogando con los Genios epónimos de América, el hombre representativo del Ecuador.

El segundo reproche es por un olvido minúsculo. Reclama Garcés con santa indignación, con dolor y al mismo tiempo con frases irónicas, que en el Ecuador las nominaciones territoriales se olvidaron de Espejo. Aprovecha la ocasión para elogiar a Otavalo, pueblo vigoroso y noble, patria de otro indio egregio, Jacinto Collaguazo, y afirma que sólo en el cantón Otavalo se cumplió la leve justicia, se realizó la modesta ofrenda de bautizar a una de las parroquias con el nombre ilustre de Eugenio Espejo.

Garcés, que escribe su libro en los meses finales de 1943 y primeros de 1944 —como leemos en el colofón— anota doloridamente que este homenaje de Otavalo a Es-

pejo fué rendido sólo veinticinco años antes, en 1918. Pero no dice, no quiere decir, que en 1934 fué creado el nuevo Cantón que lleva orgullosamente el nombre de Espejo. Cantón rico y bello, enclavado en la provincia del Carchi e integrado por parroquias de significativos y evocadores nombres: La Libertad, Juan Montalvo, Concepción, Mira, El Angel. No ha querido recordar que ese año los congresistas admiradores de Espejo lucharon por dar este nombre al nuevo Cantón. Hicieron también campaña ilustrativa, exaltaron los méritos, la gloria de Espejo, la significación de su nombre, y consiguieron el triunfo por encima de otras proposiciones bautismales que iban de lo bueno y aceptable a lo extraño, altisonante y ridículo.

No, no hemos sido tan ingratos y olvidadizos los ecuatorianos. Eugenio Espejo se llama —ya son catorce años— el gran Hospital de Quito. Eugenio Espejo, la más importante escuela municipal de esta ciudad. No solamente la callejuela de trasmano, como dice el libro. Y así, en otras ciudades, como Babahoyo, con su principal Colegio, el preclaro nombre está en los sagrados recintos de escuelas y bibliotecas y en la humilde y a veces poco recomendable nominación de calles y plazas.

De suerte que ya no se puede afirmar, en 1944, que en el Ecuador el olvido del gran indio está sintetizado y demostrado en el hecho de que sólo existe una modesta parroquia con el nombre de Eugenio Espejo.



No aménguan estos pequeños reparos la valía inmensa del libro de Garcés. Si pudimos encontrarlos es por efecto de la atención profunda y cordial, consagrada a su lectura. Si los señalamos es porque la emoción admirativa, que va creciendo como luz del amanecer, conforme avanza el curso de las páginas, se disloca por instantes cuando asoma el desaliño evidente. Pero esta luz, como esa emoción, no pierden intensidad por las pequeñas nubes pasajeras.

Y no porque el lector atento alcance a divisar unas máculas, puede olvidarse de las páginas admirables y sugeridoras, de las emocionadas páginas que tocan linderos de

sublimidad. Así, en las hojas finales del libro, aquella narración de la visita del autor a la catacumba gélida, en el Osario de El Tejar, donde estará vagando, en desolada peregrinidad, la sombra inquieta del Duende. Página de intenso dramatismo, vértice de amargura, plegaria inmortal que condensa y traduce un arranque patriótico de altura insospechada y de conmovedor verismo; página que parece marcada con la huella de quemantes lágrimas y ha quedado temblando con el estallido de una imprecación.

El libro de Garcés merece más, mucho más que la nota volandera e intrascendente de los diarios, en cualquier sección de "Libros y Revistas", o "Publicaciones recibidas". Merece la atención de la alta crítica, y no solamente el haz de notas dispersas que integran este artículo.

Pero conviene acentuar, ante todo, que estos reparos son dictados por el más sincero patriotismo. Los anotamos porque nuestra ambición de ecuatorianos quiere que los grandes libros de la ecuatorianidad resplandezcan por el vigor y poderosa sugestión del fondo y por el esmero, la nitidez y el primor de la forma. Queremos —todos debemos querer— que estos libros de fuerte contextura y magnífica esencia entren altivamente a la primera fila de las antologías continentales. Debemos soñar con ambición patriótica que los libros ecuatorianos que nos son especialmente dilectos entran a los recintos augustos de la literatura inmortal sin motivar murmullos porque tengan defectos en la forma y revelen descuido en los detalles. Debemos imaginar que los libros ecuatorianos llegan a las galerías de la Historia entre los primeros y más respetables. No, por ejemplo, como llegaban y eran recibidos en célebres asambleas internacionales el apostólico Mahatma Ghandi, de la India lejana, o el Emperador Haile Selassie, de la Etiopía remota. Sí. Recibidos con simpatía y curiosidad, pero también con algunas sonrisas irreverentes y ciertos reparos compasivos. Cómo quisiéramos para lo nuestro, para lo que representa lo más valioso de nuestro pueblo, nuestra tierra y nuestra historia, una llegada sensacional, entre el asombro unánime.

me y el silencio respetuoso, como cuando aparece Antony Eden, Representante de la Gran Bretaña, diplomático insigne y árbitro de las elegancias.

El prestigio de la literatura ecuatoriana —la de Montalvo, González Suárez y Luis Felipe Borja— reclama que estos grandes libros, como el de Enrique Garcés, tengan página por página esa labor de pulimento, ese afán de retoque artístico que tiende a la perfección. Esas páginas, por la valía sustancial del libro, requieren unas pocas horas más —digamos que sean horas— de examen paciente, iluminado por ideales de superación.

Y los que leemos no debemos quedarnos en la tradicional frase laudatoria si sentimos verdad, honradez y patriotismo en las observaciones críticas. Tenemos que combatir en toda ocasión contra la chapucería nacional, enfermedad de los ecuatorianos, endemia que crece en nuestra indolencia y produce las obras apresuradas, imperfectas, truncas y desaliñadas. Con todas ellas se integra el acervo de la literatura nacional y llegan, más tarde o más temprano, los juicios autorizados, el balance de la crítica y la consagración definitiva.

Frente al nuevo libro de Enrique Garcés tenemos que declarar la admiración que nos produce, pero debemos hacer advertencias, si son justas. Al mismo autor, gran médico social, debemos insinuarle la conveniencia de combatir y eliminar a los microbios de la chapucería, dolencia nacional, que está en todas las ciudades, en todas las clases sociales y en todos los órdenes del intelecto y de la actividad humana. Debemos decirle, en fin, que en el Ecuador ya somos en ingente número los que escribimos mal.